

dario, Eugenio y Bianchon calcularon que si los parientes del muerto continuaban desentendiéndose en el asunto, apenas tendrían para enterrarlo. El estudiante de medicina se encargó, pues, de colocar él mismo al cadáver en un ataúd de pobre que mandó traer del hospital, porque así le salía más barato.

— Hazles una trastada á esos tíos, dijo á Eugenio. Vete á comprar en el Père Lachaise por cinco años un terreno, y encarga en la iglesia y á la funeraria un entierro de tercera clase. Si los yernos y las hijas se niegan á pagar, haz grabar en losa esta inscripción : « Aquí yace el señor Goriot, padre de la condesa de Restaud y de la baronesa de Nucingen, enterrado á costa de dos estudiantes. »

Sólo después de haber ido, sin resultado alguno, á casa de los señores de Nucingen y de Restaud, fué cuando siguió Eugenio el consejo de su amigo. No pudo pasar de la puerta, pues ambos porteros tenían órdenes terminantes.

— El señor y la señora no reciben, le dijeron ; ha muerto su padre y están sumidos en el mayor dolor.

Conocía lo suficiente Eugenio á la sociedad parisién para saber que no debía insistir. Cuando vió que no podía llegar hasta Delfina, sintió en el corazón un peso enorme.

« Venda usted una alhaja, le decía en carta escrita en la portería, para que su padre sea conducido con decencia á su última morada. »

Después de cerrar la escuela, rogó al portero que se la diera á Teresa para su ama, pero el portero se la entregó al barón, quien la arrojó á la chimenea. Una vez cumplidas todas las diligencias, volvió Eugenio á la casa de huéspedes á las tres de la tarde, y no pudo contener una lágrima al ver junto al postigo el ataúd mal cubierto por un paño negro y colocado sobre dos sillas, en aquella calle desierta. Un mal hisopo, en el que nadie había puesto las manos todavía, descansaba en un plato de cobre plateado lleno de agua bendita. Ni siquiera estaba enlucida la puerta.

Aquella muerte era la muerte de los pobres, sin ostentación, ni parientes, ni amigos, ni séquito. Bianchon, que no podía ausentarse de su hospital, había escrito á Rastignac dándole cuenta de lo tratado en la iglesia. Decíale que una misa era cosa muy cara, que no había más remedio que conformarse con unas visperas, por ser ceremonia menos costosa, y que había enviado á Cristóbal con un recado á la funeraria. En el momento en que acababa Eugenio de leer los garabatos de Bianchon, vió en manos de la Vauquer el medallón de oro en que Goriot guardaba el cabello de sus hijas.

— ¿Cómo se ha atrevido usted á coger eso? la dijo.

— ¡Toma! ¡le íbamos á enterrar con esto? respondió Silvia. ¡Si es de oro!

— ¡Desde luego! replicó Eugenio indignado ; que lleve siquiera con él la única cosa que pueda representar á sus dos hijas.



Cuando llegó el carro fúnebre, hizo Rastignac subir de nuevo el ataúd á la casa, lo desclavó y colocó religiosamente en el pecho del pobre anciano aquella reliquia de los tiempos en que Delfina y Anastasia eran niñas, vírgenes y puras y no *calculaban*, como en sus gritos de agonía había dicho.

Rastignac y Cristóbal fueron los únicos, con los dos enterradores, que acompañaron el carro fúnebre que llevaba al pobre hombre á San Esteban del Monte, iglesia poco distante de la calle Neuve-Sainte-Geneviève.

Una vez allí, fué conducido el cadáver á una capillita baja y sombría por toda la que vanamente buscó Rastignac con la vista á las hijas de Goriot ó á sus maridos. Estaba solo con Cristóbal, quien se creía obligado al tributo de aquellos últimos deberes con un hombre que en vida le había dado á ganar buenas propinas. Mientras llegaban los dos sacerdotes, el niño de coro y el sacristán, Rastignac estrechó la mano á Cristóbal sin poder pronunciar palabra.

— Sí, señorito Eugenio, dijo el criado; era un buen hombre y muy honrado, que en su vida había dicho una palabra más alta que otra ni nunca había hecho mal á nadie.

Los dos sacerdotes, el monaguillo y el sacristán vinieron y dieron cuanto puede uno tener por setenta francos en una época en que la religión no es lo bastante rica para orar gratis. Los clérigos cantaron un salmo, el *Libera* y el *De profundis*, durando la ceremonia veinte minutos. Sólo había un coche de duelo para un

cura y un monaguillo, quienes consintieron en recibir con ellos á Eugenio y á Cristóbal.

— No hay comitiva, dijo el sacerdote; podremos aligerar para que no se nos haga tarde; son las cinco y media.

Dos coches cuyas portezuelas ostentaban blasones, pero que venían vacíos, el del conde de Restaud y el del barón de Nucingen, se presentaron y siguieron al cadáver hasta el cementerio del Père-Lachaise.

A las seis de la tarde bajó el cuerpo del tío Goriot á la fosa, estando en rededor de ésta los criados de sus hijas, todos los cuales, juntamente con el cura, desaparecieron en cuanto quedó dicha la corta oración debida al pobre hombre por el dinero del estudiante.

Luego que los dos enterradores arrojaron algunas paletadas de tierra sobre el ataúd para ocultarlo, levantáronse, y uno de ellos, dirigiéndose á Rastignac, le pidió propina. Buscó Eugenio en los bolsillos, y, no hallando nada en ellos, tuvo que pedir á Cristóbal una peseta prestada.

Aunque insignificante en sí, determinó este hecho en Rastignac un horrible acceso de tristeza. Caía el día; un crepúsculo húmedo irritaba los nervios. Miró la tumba y enterró en ella su última lágrima de joven, lágrima arrancada por las santas emociones de un corazón puro, lágrima de esas que de la tierra donde cae sube á los cielos. Se cruzó de brazos y miró las nubes; Cristóbal al verle así, le dejó solo.

Entonces anduvo Rastignac algunos pasos hacia la parte alta del cementerio y contempló á Paris tortuo-



samente tendido en lo largo de ambas márgenes del Sena, en las que comenzaban á brillar los faroles. Casi ávidamente claváronse sus ojos entre la columna de la plaza de Vendôme y la cúpula de los Inválidos, allí donde residía aquella encofetada sociedad en que había querido penetrar. Lanzó sobre aquella colmena en perpetuo laboreo una mirada, con la que pareció que pretendía extraer anticipadamente la miel de sus panales, y pronunció estas palabras grandiosas:

— ¡Ahora, nosotros!

Y como primer acto del reto que lanzaba á la sociedad, fué Rastignac á comer á casa de la señora de Nucingen.

FIN



